

## **Senador Hernán Larraín Fernández**

### **Presidente Unión Demócrata Independiente**

En estos días, a raíz del fallecimiento de don Patricio Aylwin, un murmullo creciente se ha ido apoderando de Chile, en sus calles y en la prensa, en las conversaciones y también en los discursos, en todas partes de nuestro territorio e incluso más allá de la cordillera de Los Andes. Ese murmullo ha adquirido una voz profunda y sonora que expresa con fuerza altisonante: se nos ha ido un gran hombre, hemos perdido a un servidor público de excepción.

No se trata de santificar a quién ha muerto, como suele ocurrir en tantos casos. Ni se trata de manifestar que todos estuvimos de acuerdo con todo lo que hizo y expresó a lo largo de su dilatada trayectoria pública. Lejos de eso, las voces corean una realidad que dice relación con otro aspecto, al final mucho más relevante: con su humanidad y con la enorme contribución que le hizo a Chile en momentos claves de nuestra historia.

Patricio Aylwin tomó el camino de la política muy tempranamente y a eso le dedicó su vida. Su compromiso social cristiano le dio sentido y unidad a sus actuaciones públicas. Nunca claudicó de sus convicciones, fue un hombre coherente y consecuente.

Su trayectoria política la hizo en su partido, primero en la Falange Nacional y luego en la Democracia Cristiana. Fue su presidente en 7 ocasiones, algo digno de reconocimiento dado lo ingrato y compleja que resulta ser esta tarea. Le tocó compartir en la Democracia Cristiana con grandes figuras políticas, a saber, Eduardo Frei Montalva, Radomiro Tomic, Bernardo Leighton, Jaime Castillo, Gabriel Valdés, entre otras, y por sus talento y entrega, pudo hacerse un espacio propio en el que dejó su impronta.

Paralelamente, tuvo una destacada actuación legislativa en el Senado, donde fue su presidente. Tengo el honor de compartir con él la representación del Maule que él también sostuvo en el Senado.

Pero su trayectoria es conocida y ha sido destacada profusamente. En verdad, en esta oportunidad, quiero pensar en las razones por las que Patricio Aylwin produce una especial consideración, los motivos por los que será recordado por la historia.

Creo que la primera tiene que ver con su compromiso democrático. Le tocó vivir intensamente toda la segunda mitad del siglo XX, uno de los períodos más

convulsionados de nuestra historia republicana. Pero en concreto, asumí liderazgo y responsabilidad en dos momentos en particular.

El primero, cuando luego de años de intensos cambios sociales bajo el gobierno de la Unidad Popular, le tocó aglutinar a la oposición en momentos en que el deterioro político y económico alcanzaba su culminación. Fue entonces cuando Patricio Aylwin hizo sus mejores esfuerzos por encontrar una solución democrática a esa crisis, como la verdadera salida a una coyuntura donde la institucionalidad se veía comprometida. Es cierto que su labor no prosperó, pero creo justo expresar que muchos como él y bajo su conducción, quisieron otro destino para nuestro país, precisamente porque primaba su profunda vocación democrática.

Pero la historia es impredecible y le brindó a don Patricio una nueva oportunidad. Fue justamente al término del gobierno militar, luego de las primeras elecciones presidenciales que tuvieron lugar en 1989, cuando Patricio Aylwin Azócar fue elegido Presidente de la República. Este momento fue para él y para Chile un instante único e irrepetible.

Existía una enorme incertidumbre de qué iba a pasar en ese primer período de gobierno luego del retorno a la democracia. ¿Cómo iba a gobernar con una coalición de 17 partidos, muchos de los cuales habían sido duros adversarios entre sí en períodos anteriores? ¿Qué iba a pasar con las políticas económicas instaladas en el período anterior que empezaban a dar resultados, se mantenían o todo empezaba de nuevo? ¿Qué iba a ocurrir con los militares y, más en concreto, con las violaciones a los derechos humanos que habían tenido lugar durante ese período? ¿Qué iba a ocurrir con los grupos organizados para combatir por la fuerza al gobierno militar, se iban a disolver o se iban a integrar al nuevo momento?

Estas y otras interrogantes alentaban inquietudes y sembraban tensiones que se percibían a flor de piel. Pero es precisamente en circunstancias como ésta cuando se prueba el temple de la gente. Y la conducción del entonces Presidente Patricio Aylwin demostró su talante, su altura ética, su sentido de la justicia y de la prudencia, y nuevamente su irrenunciable compromiso con la democracia.

Debió enfrentar numerosos problemas, algunos de suma gravedad. Entre ellos el asesinato del senador Jaime Guzmán, líder de la oposición. Este hecho era de por sí un atentado al reencuentro con la democracia y un claro intento por impedir la transición. Pero ahí apareció su carácter y vocación, repudió con toda su fuerza un crimen brutal, puso en marcha el aparato policial y de defensa del país y al mismo tiempo, le dio un respaldo humano y fraternal al entonces joven partido, la Unión Demócrata Independiente, que sufría la muerte de su fundador y principal líder.

Esa imagen me quedó grabada de un modo imborrable. Yo no era miembro del partido, estaba en la actividad académica, pero en medio del dolor por el crimen de un amigo, advertí que la reacción mencionada y el acompañamiento espiritual que el Presidente Aylwin le brindó a los dirigentes del partido fue muy honesta y muy sentida, actitud que siempre ha sido motivo de especial gratitud en nuestro partido.

Hubo otros episodios que le presentaron obstáculos delicados, como el llamado “boinazo” y “el ejercicio de enlace”, que supo sortear con éxito. Con la fuerza de su compromiso logró imponer la cordura y hacer prevalecer el Estado de Derecho.

También dio otros pasos que hablan de su magnanimidad y sentido de ecuanimidad. Abrió la investigación a las violaciones a los derechos humanos al crear la Comisión Rettig, que permitió conocer la dimensión y gravedad del problema. Dio las primeras señales respecto de la necesidad de hacer justicia, pero también de abrir caminos a la reconciliación. Su gesto en pedir perdón al país es más elocuente que cualquier argumento.

He oído en estos días a algunos que lo critican por “haber hecho poco” en esta materia. Creo que esa es una crítica mezquina. Juzgar el pasado con los ojos del presente es un error común que a nadie debería confundir. Hoy todo parece fácil. Pero avanzar como lo hizo Patricio Aylwin fue difícil y requirió de mucho coraje en ese momento. La sensibilidad era muy alta y cualquier error podía poner en jaque la transición. Lo que hizo fue audaz y también prudente, una ecuación que dio frutos concretos. Quienes no son capaces de advertirlo evidencian ingenuidad o simplemente mala fe.

De otro lado, luego de un período largo de gobierno militar, quiso dar señales concretas de cómo entendía el ejercicio de un gobierno democrático. Se comprometió y llevó adelante una política de acuerdos con la oposición, dando testimonio del sentido que tiene gobernar, que no consiste en imponer las mayorías, sino en buscar el entendimiento pensando en el bien común, actuando con la convicción de que Chile está primero. Por cierto, la falta de acuerdo hace operar la regla de la mayoría, pero es el espíritu de fondo el que cuenta, en orden a lograr la mayor integración de todos que sea factible.

Son estas las lecciones que deja Patricio Aylwin en el orden político: su compromiso con la democracia, su integridad moral, su determinación para asumir los problemas por complejos que fueran, haciendo todo lo que fuera posible para alcanzar resultados; su vocación de entendimiento y rechazo a la confrontación, testimonios que deja con elocuencia y que son los motivos por los que ese murmullo de gratitud y reconocimiento hoy recorre el país.

Don Patricio Aylwin fue un político de excepción, un hombre de familia, de trato afable, vida austera y republicana, que nos dejó como herencia una transición democrática ejemplar. Muchos podrán discrepar respecto de algunas de sus propuestas o de algunas de sus actuaciones, pero nadie podrá dejar de reconocer en él a un auténtico servidor público, un demócrata que hizo posible que Chile fuera más estable, más libre y más justo.

Ha habido varios gobiernos después del suyo y sobre su gestión cada cual podrá tener una opinión respecto de cuál ha sido mejor o peor. Pero es necesario reconocer que debido a lo alcanzado durante el período de Patricio Aylwin, ellos pudieron tener un ejercicio normal. Por eso, para nosotros, el gobierno que presidió Patricio Aylwin es el más importante de todos los que han existido desde el retorno a la democracia.

A ese legado le rendimos tributo. A esa obra le prestamos nuestro reconocimiento.

En nombre de la Unión Demócrata Independiente, saludamos y le expresamos nuestro sentimiento de pesar a su señora, doña Leonor Oyarzún; a sus hijos, Mariana, Isabel, Miguel Francisco y José; a sus familiares y amigos; y en forma especial a su partido, la Democracia Cristiana, que ha perdido a uno de sus mejores hombres.

Por esa vida al servicio de Chile, Patricio Aylwin Azócar, hoy descansa en la paz del Señor.